

JOSÉ MARÍA ARIZMENDIARRIETA Y MONDRAGÓN: COOPERATIVISMO CRISTIANO Y MOVIMIENTO SOCIAL EN EL FRANQUISMO (1941-1959)*

*Antonio Míguez
Fernando Molina*

Introducción: el catolicismo social español

El debate historiográfico generado por el catolicismo social en España ha dejado al menos dos conclusiones: primera, que si resulta siempre aconsejable la ausencia de militancia ideológica en el análisis de cualquier fenómeno histórico, ello es aún más necesario en este tema en concreto, dada la extraordinaria subjetividad y apriorismo con que ha sido abordado; segunda, que el número de estudios sigue siendo exiguo y poco representativo de la realidad histórica que dicho fenómeno alcanzó en el pasado. Fue hace ya casi veinte años, en los años setenta y primeros ochenta, cuando se publicaron las obras clásicas de David Benavides sobre la democracia cristiana y la figura de Maximiliano Arboleya, las aportaciones de Juan José Castillo sobre el «sindicalismo amarillo» y la «Confederación Nacional Católico-Agraria», los artículos de Antonio Elorza dedicados al sindicalismo libre, los análisis (genéricos) de José Andrés Gallego y Feliciano Montero del movimiento social católico, y particularmente de su pensamiento, así como los trabajos monográficos de José Manuel Cuenca. Todo este abigarrado elenco de estudios sobre el catolicismo social seguía, a grandes rasgos, la misma traza del resto de la historia social y política de la España de aquellos años. Se trataba de estudios marcados por una pronunciada car-

ga ideológica y política, si bien daban valiosas pistas para futuros trabajos que buscaran una mayor diversidad de enfoques. En algunos y meritorios casos, la ansiada evolución interpretativa fue por tal camino, pese a que ésta no fue la tónica evolutiva general de la mayoría de estudios centrados en el catolicismo social.¹

A la falta de renovación metodológica, se añadió la parálisis productiva en la que se entró a lo largo de los años ochenta, yermo en el que surgieron, ciertamente, algunos destellos de lucidez, como las publicaciones de Josefina Cuesta que se ceñían a la relación entre el pensamiento social católico y la previsión social, pero con una visión alejada de planteamientos maniqueos, que buscaba una justa comprensión del movimiento en su lógica interna, así como el estudio de Alejandro Tiana Ferrer, que se ocupaba de la educación de la clase obrera madrileña y dedicaba muy sugerentes páginas a la labor de los círculos católicos de la capital. También en determinados estudios locales se contenían buenas maneras, como en el excelente artículo de Luis Castells sobre el sindicalismo en Azcoitia, o los análisis de Alberto Martínez López sobre el agrarismo católico gallego, y ya en los noventa, en la propuesta analítica de Samuel Garrido sobre el cooperativismo agrario de impronta socialcatólica.²

MISCELÁNEA

Estos precedentes nos han guiado en el convencimiento de que debe hacerse una historia del catolicismo social que pueda rescatar la propia lógica histórica del fenómeno estudiado. Y más allá de esto, una historia más humana, que se sitúe más cerca de la gente que participó en los círculos, en los sindicatos obreros o agrarios, en las cooperativas católicas, para conocer realmente qué aplicación práctica hicieron de lo propuesto por los grandes teóricos del pensamiento socialcatólico y las directrices del Vaticano, así como qué cumplieron de lo establecido en los reglamentos de sus sociedades. El paradigma interpretativo de este texto asume que el social-catolicismo español debe ser analizado como un movimiento social. Ello, desde el punto de vista de la teoría social, supone tener en cuenta los cambios suscitados en su estructura de oportunidades políticas por los sucesivos regímenes políticos en que desarrolló sus diversas actividades desde la Restauración y su paso por las experiencias políticas y sociales de la Dictadura de Primo de Rivera, la Segunda República y el Franquismo. Asimismo, se ha de observar el conjunto de expresiones societarias de este movimiento como parte de unas estructuras organizativas diversas y contradictorias, unidas por una común experiencia movilizadora.

Y si todo movimiento social construye unos marcos de acción colectiva, como reinterpretación de unas doctrinas explícitas o implícitas, con la intención de crear una «identidad contenciosa», así también el catolicismo social constituyó un ejercicio de puesta en práctica de encíclicas papales, publicística confesional y sermones eclesiásticos, que no deben ser entendidos como desviadas u ortodoxas muestras de doctrinarismo, sino como realidades discursivamente elaboradas. Realidades que incluyeron la puesta en marcha de iniciativas empresariales, uno de cuyos casos (no el único, aunque sí el más sorprendente), fue el cooperativismo de Mondragón.³

Sacerdocio y cuestión social

Comprender este movimiento de empresas cooperativas pasa inevitablemente por conocer la figura del sacerdote que lo fundó. José María Arizmendiarieta había nacido en 1915 en un caserío de la localidad vizcaína de Markina, y se había educado en el Seminario Diocesano de Vitoria, el más brillante instituto docente de la Iglesia española de la época, a las órdenes de una brillante generación de sacerdotes intelectuales comprometidos con la cuestión social y lo que, en los ambientes católicos, se denominaba la «redención del mundo obrero».



La encíclica de León XIII *Rerum Novarum* (1891) había impulsado a la Iglesia a articular un proyecto de acción social integral capaz de ser alternativa tanto al nuevo orden liberal como a su contestación marxista. El Código Social redactado por el cardenal Mercier en la Universidad de Malinas (1920) y la encíclica *Quadragesimo Anno* (1931) de Pío XI terminaron por articular la tríada de textos referenciales del catolicismo social de entreguerras. En torno a esa tríada se formó la generación de seminaristas a la que pertenecía Arizmendiarieta, en un centro especialmente permeable al más moderno pensamiento social de la Iglesia, gracias a la renovación pedagógica y curricular impulsada por su Rector, Mateo Ezkarzaga.⁴

Dos fueron los profesores que más influyeron en Arizmendiarieta. Por un lado, José Miguel de Barandiarán, cuyo pensamiento, atraído por nuevas disciplinas como la sociología o la antropología, así como su noción virtuosa de la vida y del trabajo, saturada de religiosidad campesina, penetraron hondamente en el jo-

ven seminarista, que compartía con él un mismo origen rural. El otro mentor importante fue Juan Thalamás, sacerdote irunés formado en el Seminario de San Sulpicio de París, uno de los centros intelectuales más importantes del catolicismo europeo. Thalamás fue un decisivo cauce difusor de la doctrina social de la Iglesia y del pensamiento católico más avanzado en los seminaristas de la generación de Arizmendiarieta.⁵

Éste, de hecho, recordó en su madurez el interés que en él despertaron las menciones que dicho profesor irunés hacía a las innovadoras formulaciones sociales del colectivo de filósofos franceses que colaboraban en la revista católica *Esprit*, especialmente de Jacques Maritain y Emmanuel Mounier. Propuestas que Thalamás vinculaba a las variadas estrategias empresariales inspiradas en el socialcatolicismo que los estados francófonos, y sus elites empresariales, empleaban en esos años de crisis económica para reducir la conflictividad social, entre las que estaba el cooperativismo, que contaba con experiencias muy importantes en países como Bélgica. Estos datos los completó el joven seminarista con la lectura del diario *Euskadi*, órgano de prensa del Partido Nacionalista Vasco, que realizó una extraordinaria labor de divulgación del pensamiento social cristiano y de las estrategias empresariales que impulsaba en Europa.⁶

Otra de sus lecturas sobre cuestión social de esos años fue *Gizarte-Auzia*, del también sacerdote vizcaíno Juan Bautista Eguzkitza. Esta obra constituyó el más importante cauce de difusión de la doctrina social de la Iglesia entre la población de habla euskaldun. *Gizarte Auzia* constituía una colección de artículos en donde la doctrina social de los Papas era asociada a la experiencia histórica del pueblo vasco y su realidad social campesina e industrial, lo que permitía a la Iglesia vasca dotar de contenido étnico local un proyecto internacionalista como era el socialcatolicismo.⁷

También influyeron en el Arizmendiarieta de esos años los trabajos del jesuita y propagandista católico Joaquín Azpiazu (futuro corresponsable intelectual del Fuero del Trabajo franquista), especialmente *El derecho de propiedad* y *El Estado corporativo*. De ellos tomó dos ideas fundamentales: si la Iglesia deseaba recuperar la confianza de las masas populares e impedir el avance del comunismo debía revisar el concepto de propiedad privada. Ésta debía estar supeditada al bien común y a otros derechos superiores, como el derecho a la vida. Tales fueron las reflexiones que más calaron en él de este jesuita, infatigable publicista del catolicismo social, futuro corresponsable del Fuero del Trabajo franquista.

Una última fuente a la que recurrió en sus lecturas estudiantiles fueron los folletos de la Agrupación Vasca de Acción Social Cristiana, que había nacido en diciembre de 1931 con el fin de «fomentar la cultura social entre los elementos que integran la vida del trabajo». Encabezada por sacerdotes propagandistas como el propio Azpiazu, Alberto de Onaindía, José de Ariztimuño o Policarpo Larrañaga, desarrolló una intensa labor de formación de sindicalistas y patronos en torno a la doctrina social de la Iglesia mediante conferencias, cursillos o círculos de estudio. Asimismo editó en numerosos opúsculos y folletos, entre ellos textos socialcatólicos como el Código Social de Malinas, pastorales sociales del obispo de Vitoria, Mateo Múgica, etc.⁸

La doctrina social que se difundía en el Seminario Diocesano de Vitoria se fundaba en la gestión sacerdotal de movimientos católicos seculares agrupados en la Acción Católica. Este perfil del sacerdocio fue bautizado por Azpiazu como «sacerdocio social».⁹ Esta estrategia distaba de ser novedosa en sí, salvo en la dimensión ministerial que le concedían los propagandistas católicos vascos, que se reforzó, en el marco espiritual del Seminario, gracias al movimiento de espiritualidad sacerdotal surgido en este centro en 1926, al que pertenecie-

MISCELÁNEA

ron algunos de sus mejores docentes, caso de Rufino Aldabalde o Joaquín Goicoecheaundía, ambos directores espirituales de Arizmendiarieta en esos años.¹⁰

Y es que, a la par que el joven marquinés fue profundizando en la lectura católica del conflicto entre el trabajo y el capital, comenzó a participar en el Movimiento de Espiritualidad de Vitoria, que orientaba a los sacerdotes al sacrificio personal como medio para la redención de la comunidad cristiana. Este objetivo era complementario del liderazgo social que proponía la sociología católica. Y tal fue el ideario que Arizmendiarieta definió con su mentor fundamental, el Director Espiritual del Seminario durante la Guerra Civil e inmediata posguerra: Rufino Aldabalde.

Bajo la dirección de este sacerdote zarautzitarra, que había residido en Francia y realizado una amplia labor social en las comunidades de trabajadores agrícolas españoles hacinadas en el sur de este país, Arizmendiarieta fundó, en 1940, el órgano de comunicación de este Movimiento de Espiritualidad: la revista *Surge*. Esta publicación centró su discurso en los mismos temas que eran objeto predilecto de las pláticas formativas de Aldabalde. Por un lado, denunciar la exclusión de Dios de la sociedad moderna como origen de todos los males que la azotaban: Segunda Guerra Mundial, auge de los totalitarismos, crisis económica y social, hundimiento del parlamentarismo liberal... Por el otro, someterse a la estrategia social del Papado, basada en recuperar el espíritu cristiano en las masas trabajadoras con medios modernos, objetivo al que apuntaron encíclicas de esos años como *Divini illius Magistri*, en el campo del apostolado de la juventud, *Casti connubi*, en el de la familia, o *Quadragesimo Anno*, en el del trabajo. En 1941, el obispo de Vitoria, Javier Lauzurica, encomendó a Arizmendiarieta, recién ordenado, poner en práctica esta doctrina «recatolizadora» en una localidad industrial especialmente conflictiva: Mondragón.¹¹

Sacerdocio social en el Mondragón de posguerra

La industrialización guipuzcoana había seguido desde fines del siglo pasado un modelo muy diferente al de la vizcaína, menos concentrado como el de la Margen Izquierda de la ría del Nervión, más diversificado en inversiones y capitales, y más centrado en mano de obra autóctona, de origen rural y euskaldun, que permanecía vinculada culturalmente a este ambiente, dado que el proceso de cambio tuvo lugar en pequeñas villas, y no en grandes urbes como Bilbao. Se trataba de empresas más pequeñas que los gigantes siderúrgicos bilbaínos, orientadas a la producción de papel, tejido, armas, carruajes, y cerrajería, que precisaban de una amplia proporción de cuadros técnicos.¹²

De la fusión de varias de estas pequeñas empresas siderúrgicas situadas en el valle alto del río Deba había surgido, en 1906, la Unión Cerrajera de Mondragón, empresa dedicada a la producción de laminados, perfiles y chapa, materiales que salían de sus Altos Hornos de Bergara para luego ser convertidos en sus pabellones y talleres de Mondragón en tornillería, cerrajería, ferretería, muebles metálicos y fundición maleable. La empresa se había convertido, a la altura de 1940, en una microsociedad alimentada por una importante red de cantinas, economatos, ligas de seguros, centros educativos, etc. De ella habían nacido otras empresas, como Elma, que fabricaba aparatos domésticos y accesorios de tubería de hierro; o Roneo, filial destinada a la producción de mobiliario de oficina. Éstas y otras empresas empleaban en el Mondragón de la posguerra a dos tercios de la población laboral de la villa, que contaba con cerca de 9.000 habitantes.¹³

Cuando Arizmendiarieta pisó Mondragón para hacerse cargo de la coadjutoría de la iglesia de San Juan Bautista y, consiguientemente, del Círculo local de Acción Católica, lo que encontró fue una sociedad dividida en dos co-

munidades. Una era la que vivía bajo la tutela de la Cerrajera. La otra era la que quedaba al margen de ella. Esa división quedaba patente en el caso de la Escuela de Aprendices que esta empresa había levantado en 1939, vetada a cualquier joven que careciese de vínculo sanguíneo con los trabajadores de la empresa. Los escasos jóvenes seleccionados adquirirían en ella, a la par que estudiaban, la condición de aprendices, para, cubiertos los cuatro cursos, llegar a la categoría de maestros industriales, alcanzando puestos intermedios de mando en las fábricas y talleres de la empresa.

La Guerra Civil había pasado factura a estos jóvenes y a todos los vecinos de Mondragón. Treinta y siete de éstos habían sido fusilados cuando la ciudad cayó en manos de las tropas franquistas, en cuyas filas se habían alistado una proporción de vecinos (simpatizantes, en su mayor parte, de la Comunión Tradicionalista) muy similar a la que había, debido a su orientación socialista o nacionalista vasca, optado por permanecer fiel a la Segunda República. La Guerra Civil generó una auténtica crisis de convivencia reforzada por la áspera posguerra, caracterizada por el racionamiento, el hambre, la miseria, las enfermedades, el hacinamiento, y la purga social de los vencidos por los vencedores en todas las áreas de la vida política, social y cultural.¹⁴

Ésta fue la atmósfera social en que Arizmendiarieta comenzó a promover el apostolado en el mundo del trabajo. Centró éste en la Acción Católica y en la Escuela de Aprendices de la Cerrajera, donde era profesor de Sociología. Poco a poco fue seleccionando una pequeña elite entre los cientos de jóvenes que, tras las clases en la Escuela de Aprendices de la Cerrajera o el trabajo en los talleres de ésta y otras empresas de la comarca, acudían a oírle hablar sobre temas sociológicos y teológicos en los locales de Acción Católica de Mondragón. Esta minoría de jóvenes escogidos participaba en todas las actividades sociales promovidas por él en aquel centro

social: representaciones teatrales, colectas para indigentes y niños, espectáculos deportivos, etc. Arizmendiarieta les inculcó valores clásicos de la Doctrina Social de la Iglesia que había reelaborado con la ayuda de Aldabalde, concretándolos en la realidad social local: el entusiasmo por el trabajo, la austeridad en la vida social, el esfuerzo y sacrificio por ideales comunitarios, la esperanza en las obras sociales, la permanente autocrítica y autoexigencia personal en las tareas colectivas. Se trata de los rudimentos éticos de la futura cultura del cooperativismo de Mondragón.¹⁵

En una carta dirigida al residente de la Unión Cerrajera en 1942, exponía su labor en la Acción Católica en estos términos:

El objetivo general que nos hemos propuesto para el próximo curso es movilizar la masa juvenil de nuestro pueblo. Sin descuidar la formación y conservación del núcleo que tenemos constituido con los mejores, vamos a actuar sobre la masa». Años después, describió su liderazgo juvenil como «un proceso de movilización, de concienciación y capacitación, de teoría y práctica, de autogobierno y autogestión, en el que los jóvenes (...) organizaban rifas, quinielas y otros actos públicos que no sólo facilitaban la financiación sino que también les daban la oportunidad, especialmente a los jóvenes más dinámicos, de tener un alto adiestramiento práctico. (...) Fueron éstos los jóvenes que más adelante serían los protagonistas de la experiencia cooperativa».¹⁶

Este apostolado juvenil constituyó, así, un contexto de «micromovilización» que implicó a los jóvenes de Acción Católica en una actuación permanente sobre necesidades urgentes de sus convecinos (vivienda, diversión, educación, higiene, salud), cuya satisfacción requería de una humanización de la sociedad y el trabajo locales. La minoría de jóvenes que destacó entre ellos, hijos de humildes familias obreras, estaba destinada a definir un núcleo de selectos «redentores» de su clase en la empresa, según los parámetros de la acción social que había aprendido en el Seminario.¹⁷

MISCELÁNEA

En su perfil de líder movilizador, una de sus labores fundamentales fue asegurar una información fluida entre su obra social y el público a que estaba destinada (fundamentalmente, los jóvenes de Acción Católica y los vecinos de Mondragón). El cauce para ello fueron todo tipo de instrumentos impresos (folletos, hojas volantes, revistillas editadas o murales, panfletos, pasquines) que se sumaron al púlpito. No le interesaba elaborar productos de signo intelectual, destinados a una elite social, sitio que ya cubría con los documentos sobre su apostolado que realizaba con ocasión de encuentros y asambleas diocesanas, de Acción Católica, etc. Lo que deseaba con ellos era mantener un contacto fluido con el vecindario, cuyo concurso requería para sacar adelante una obra que estimaba debía ser comunitaria y moral.

Sus antiguas actividades como redactor de una revistilla euskaldun del Seminario, en el periódico *Eguna* (órgano en lengua vasca del PNV durante la Guerra Civil) y en el órgano del Movimiento de Espiritualidad de Vitoria liderado por Rufino Aldabalde, *Surge*, fueron el bagaje que volcó en esa estrategia de definición de una peculiar opinión pública local que respaldara su acción social: «Hay un resorte cuya eficacia no siempre se suele considerar, que al fin y al cabo es la eficacia de las conciencias informadas y formadas. Me refiero a la opinión pública. Es tan poderosa y eficaz una corriente de opinión pública encauzada debidamente que nadie o muy pocos se le resisten. Pero para eso hay que crearla oportunamente. Hay que preparar las cosas a tiempo y nosotros tenemos a nuestro alcance medios para formarlas, los círculos de estudio, predicación, hojas impresas, etc. Y por los mismos medios se la moviliza una vez creada».¹⁸

Se trataba de una práctica transgresora en un contexto social de dictadura, que generaba recelos cuando no un explícito rechazo en el régimen y sus sucesivos escalafones de poder. Por ello la Guardia Civil obstaculizaba sus romerías juveniles, la dirección provincial de

Acción Católica de España protestaba por el distanciamiento de su división mondragonesa de la doctrina y estrategia nacionalcatólica, la sección local de Falange se quejaba de la hábil competencia que esta Acción Católica de Mondragón le hacía en la captación de jóvenes y en la ocupación de la calle, y la feligresía más simpática al régimen informaba a las autoridades sobre el tono «rojo» de los sermones del coadjutor. Esos roces con el régimen obstaculizaron, pero no impidieron, sus esfuerzos por crear una opinión pública local mediante la comunicación impresa.¹⁹

Las dificultades del proyecto mondragonés estaban condicionadas por la estructura de oportunidades políticas del régimen franquista, y, en particular, por la forma en que esta estructura afectaba a los proyectos auspiciados por la Iglesia Católica o relacionados con ella de algún modo. Los proyectos socialcatólicos de Arizmendiarieta se aprovechaban de la ventana de oportunidad abierta por el propio funcionamiento del franquismo como un régimen de familias políticas, lo cual era, al tiempo, base de su fortaleza y origen de sus debilidades. Entre ellas, la Iglesia Católica ocupaba un papel destacado, y aunque estos proyectos comunitarios de Arizmendiarieta no gozasen de la simpatía de algunos de sus superiores eclesiásticos, el simple hecho de defender el espacio de poder que les correspondía les obligaba a interceder en su defensa. De esta ambigüedad, fruto de la división entre las elites y de la presencia de aliados poderosos del Movimiento Nacional entre ellas, se beneficiaba el embrionario movimiento cooperativo representado en forma de espacios de autonomía y tolerancia que le permitían desarrollar sus actividades sociales, las que prepararon el camino a su expresión empresarial.²⁰

Cristianismo y corporativismo

Arizmendiarieta emprendió, asimismo, en estos años, una activa labor de implicación de

la clase empresarial local en sus obras sociales. Esta colaboración debía, en su opinión, preparar el camino para la futura transformación de las empresas, facilitando la incorporación de los trabajadores a su gestión según sugería la doctrina social católica. En 1942, activó la sección deportiva de Acción Católica de Mondragón, con financiación de las empresas de la zona y de todo el vecindario mediante suscripciones. El 1 de junio de ese año nació la Juventud Deportiva de Mondragón como asociación para la promoción del deporte y el ocio mondragonés.

Poco después dio forma a un proyecto mucho más ambicioso. La persecución del nuevo orden cristiano que pretendía levantar en Mondragón requería una acción que, tal y como formuló en sus escritos y conferencias de esos años, debía ser esencialmente educativa. Tal acción era doble: transformación moral, hacia una concepción (cristiana) más comunitaria y solidaria del trabajador, y capacitación técnica de éste que facilitase su igualación con el patrono y rompiese la estructura de clases imperante. La primera estaba al alcance de todos gracias a su particular concepción de la Acción Católica; la segunda, no, dado que la Escuela de Aprendices de la Unión Cerrajera cerraba sus puertas a buena parte de la juventud obrera.

La enseñanza profesional se convirtió, pues, en el pilar de su obra social en el entorno obrero mondragonés. La redención del obrero no podía hacerse si no era a través de una cuidada y moderna educación técnica. El 10 de agosto de 1943, bajo la divisa filosófica «socializar el saber para democratizar el poder», puso en marcha, con fondos de las empresas de la zona (incluida la Unión Cerrajera), la Escuela Profesional de Mondragón. Los jóvenes más humildes tenían, ahora, la oportunidad de invertir lo único que disponían, el esfuerzo personal, para mejorar su formación. Éstos, además, mientras estudiaban, realizaban prácticas en las empresas de la zona, aplicando sus conocimientos al

mundo del trabajo y aprendiendo a ser, a la par, estudiantes y trabajadores responsables. Todos recibían una esmerada educación moral y social, dirigida por él y fundada en una moderna lectura del socialcatolicismo.

En los años posteriores a 1945, las condiciones laborales en España eran pésimas: jornadas de trabajo de doce horas, jornales miserables, desempleo, hacinamiento en los extrarradios urbanos. La riqueza abundaba entre estraperlistas, especuladores y una minoría de empresarios beneficiada por el régimen de autarquía, mientras la mayoría de la población vivía en la miseria. La cuestión social seguía planteada en términos de desigualdades escandalosas de fortuna que Arizmendiarieta denunció en duros sermones, respaldado en las pastorales de obispos como el de Canarias, Antonio Pildain, el de Málaga, Ángel Herrera Oria, el de Jaén, Rafael García de Castro, o el de Solsona, Vicente Enrique y Tarancón.²¹ En sus charlas, conferencias, sermones, etc. de esos años Arizmendiarieta comunicó su simpatía por este giro de la pastoral eclesial de lo político a lo social y en el papel fundamental que en tal movimiento había de tener una Acción Católica desligada del nacionalcatolicismo que legitimaba la dictadura, capaz de actuar con libertad e imparcialidad en los problemas del mundo obrero.²²

Aún más, no bastaba con separar este apostolado de cualquier matiz político, ni con instruir al obrero en la doctrina social de la Iglesia, sino que el sacerdote debía ganarse su confianza identificando su vida con la suya: «hace falta que nos vea junto a él, sufrir con él, hace falta que vayamos ganando su corazón». Entendía que un recurso muy importante en este campo eran las Escuelas Profesionales, «a poder ser independientes de las empresas, si bien exigiendo de éstas su cooperación económica». Estas escuelas permitían la instrucción moral de los que estaban ya en contacto con el trabajo y atraían a ellas a «lo mejorcito» de la juventud, que adquiriría de esa forma «un resor-

MISCELÁNEA

te para no amilanarse y ceder bajo la presión de esa mentalidad pagana que predomina en la masa obrera». Estas ideas las expuso en los foros de debate de Acción Católica de España en donde subrayaba, insistentemente, la importancia de crear una elite de «técnicos» que colaborara con el sacerdote en el apostolado de la empresa.²³

Sus jóvenes discípulos asistían cada semana en los círculos de estudio que organizaba en los locales de la Acción Católica mondragonesa (siguiendo el modelo pedagógico que había tomado en el Seminario de Vitoria de sus mentores, José Miguel de Barandiarán y Rufino Aldabalde) a un despliegue de complejas digresiones acerca de la propiedad, el capital y el trabajo, la justicia social y sus vertientes «distributiva, conmutativa y legal» y de novedosas teorías socialcatólicas, como la del «salario dual», que pretendía la división de éste en uno de consumo y otro de inversión. Pero lo importante no estaba tanto en estos conceptos, que formaban parte del arsenal teórico socialcatólico, cuanto en la arriesgada lectura que de ellos hizo, en la que se aprecia el impacto de la socialdemocracia europea y, especialmente, el laborismo británico.

Arizmediarrieta había comenzado a leer a unos políticos implicados en una agresiva política de nacionalizaciones y de fomento de la intervención del Estado y los obreros sindicados en las empresas. Leyó con atención a S. Stafford Cripps y J. Ramsey MacDonald, a Ernest Bevin, a Clement Attlee, cuya obra, *Hacia una nueva estructura social*, citó reiteradamente en sus escritos de esos años, así como a lord William Beveridge y su concepto del *Welfare State*. La impronta del laborismo en su discurso social fue muy temprana. En su discurso de clausura del curso académico de la Escuela Profesional 1945-46, no dudó en aludir al Premier británico, cuyo ideal político identificó abiertamente con el de Pío XI: «los laboristas (...) abolirán las distinciones de clases que en su mayor parte nacen de las existentes dife-

rencias en la educación y edificarán un fondo común educativo como factor unificador de la comunidad».

La teoría de Attlee acerca de la igualdad de oportunidades en educación y cultura le apasionaba, igual que la valoración que el Partido Laborista hacía de la propiedad privada y sus necesarias limitaciones en pro del bien común. Gracias a ello comenzó a otorgar una mayor importancia al Estado, a quien a partir de estos años convirtió en un factor esencial destinado a solventar necesidades que los ciudadanos y las agrupaciones privadas no podían resolver por sí solos. La asistencia social, la vivienda o la enseñanza profesional fueron, desde entonces, terrenos en los que aspiró a conjuntar la iniciativa privada y la pública, mediante iniciativas que implicaron el refuerzo de la Escuela Profesional así como la construcción de un centro de tratamiento de la tuberculosis y una promotora de viviendas sociales, que denominó Asociación Mondragonesa del Hogar. Ello explica el crecimiento de sus gestiones con los ministerios a partir de estos años finales de los cuarenta para asentar éstas y otras obras sociales.²⁴

Fueron años de lecturas sin pausa. Leía a los laboristas, a los «obispos rojos» (Pildain, Herrera Oria), a los nuevos intelectuales católicos de *Ecclesia*, como Jesús Iribarren o Gregorio R. Yurre, con los que tenía buena amistad... Comunicaba lo que leía en los círculos de estudio de la Acción Católica y animaba a leer todas estas fuentes a los jóvenes obreros, con el fin de que ellos mismos fueran capaces de elaborar su propio pensamiento social. «Le recuerdo regalándome libros de Jacques Maritain, Jacques Leclercq y, sobre todo, en los últimos tiempos, de Emmanuel Mounier», rememora uno de ellos, futuro pionero cooperativista, José María Ormaechea.²⁵

Guiado por estos filósofos personalistas, reforzó su idea del hombre como ser comunitario que encontraba en el trabajo cooperativo y la educación emancipatoria el punto

de apoyo con que rescatar su dignidad perdida por el industrialismo y la progresiva secularización de la sociedad. Y en el fondo de esta filosofía personalista que adoptó subyacía la teología humanista de la espiritualidad de Vitoria que reelaboró a base de lecturas de otro de sus pensadores predilectos, Pierre Teilhard de Chardin. «No olvidemos que todos los hombres, de cualquier clase o condición que sean, llevan impreso un destello de divinidad», comentaba en una de sus reflexiones. En su comprensión humanista de la sociedad, el hombre, creado a semejanza de Dios, no podía vivir en el individualismo, dando la espalda a la solidaridad con su prójimo.²⁶

En 1946, su grupo más selecto de jóvenes discípulos de la Acción Católica finalizó sus estudios locales de oficialía industrial. Tenían entre 18 y 20 años, y los puestos a que iban a acceder en la Unión Cerrajera eran importantes, pues podían alcanzar el rango de Jefe de Taller, el más importante de las factorías de la empresa. Pero tal formación, en opinión de su mentor, no era suficiente para los destinados a ser los «redentores» de su clase mediante la reforma de la empresa. Arizmendiarieta logró que estos once graduados fueran aceptados, en calidad de estudiantes a distancia, en la Escuela de Peritos Industriales de Zaragoza. Estos estudios universitarios de grado superior estaban reservados a las clases adineradas y sólo una ínfima minoría de la juventud mondragonesa podía por entonces aspirar a ellos.

El fin de este perfeccionamiento educativo era crear un proletariado consciente, capacitado profesionalmente, imbuido de ideales social cristianos y decidido a crear un nuevo orden en el que el trabajo primara sobre el capital. El 26 de agosto de 1952, esa primera promoción de peritos industriales –pues el proceso no se detuvo y continuó, cada año, hasta que la propia Escuela Profesional que había fundado obtuvo, en los años sesenta, capacitación oficial para impartir ese grado superior– recibió sus

títulos de manos del Ministro de Educación, Joaquín Ruiz Jiménez.

Por entonces, había trasladado ya la Escuela Profesional a otro emplazamiento, permitiéndola crecer y convertirse en cantera de generaciones y generaciones de obreros y técnicos imbuidos de una filosofía laboral fuertemente sustentada en valores autogestionarios. Su perspectiva era clara: la humanización del trabajo implicaba la participación del trabajador en la gestión de la empresa como único camino que conduciría a su reconciliación con la fe, dado que era la única forma de superar la injusticia de la explotación de clase. Teología humanista, marxismo ortodoxo y socialdemócrata, socialismo personalista y doctrina social de la Iglesia alimentaban su filosofía social del trabajo y la empresa.

El camino al cooperativismo católico

Tras titularse como peritos industriales, sus discípulos subieron rápidamente en el escalafón profesional de la Cerrajera. En esta empresa, tres de ellos (Luis Usatorre, Alfonso Gorroñogoitia y José María Ormaechea) eran Jefes de Taller, tres de los siete con que contaba la empresa en aquel tiempo, para una plantilla de 1.300 trabajadores. Eran muy discrepantes con la política empresarial de la directiva, guiados ideológicamente por un mentor que llevaba casi diez años desarrollando una concepción propia del mundo empresarial y laboral, compleja y heterodoxa, eminentemente funcional, que había sido perfectamente asimilada por ellos.

La reforma interior parecía posible a los ojos de Arizmendiarieta y sus discípulos en una empresa como la Cerrajera, cuya directiva militaba, mayoritariamente en la Acción Católica Nacional de Propagandistas. Ésta había convertido su empresa en una de las más avanzadas socialmente de España, dotándola de una Escuela de Aprendices, economatos y viviendas para los trabajadores, una Herman-

MISCELÁNEA

dad, el Hetruc (Hermandad de Trabajadores de Roneo-Unión Cerrajera), pionera en España en crear un régimen privado de Seguridad Social basándose en aportaciones hechas a partes iguales por empresa y trabajadores, y una Caja de Auxilios, fundada en 1950, que garantizaba a todos los obreros un ingreso mínimo diario por cada miembro de la familia que debían alimentar. El encargado de concebir y gestionar esta Caja había sido uno de los jóvenes discípulos de Arizmendiarieta, José María Ormaechea.

En su discurso de clausura del curso 1947-1948 de la Escuela Profesional, Arizmendiarieta había planteado que había llegado la hora de aunar los esfuerzos de todos los sujetos sociales en una iniciativa de colaboración institucionalizada. «No basta que los patronos hagan buenas obras, hace falta que participen en las mismas los obreros. No basta que los obreros sueñen con grandes reformas, hace falta que los patronos concurren a las mismas. No basta que las autoridades se afanen y se desvivan, hace falta que se asocie a ellas el pueblo». Era necesaria una institución corporativa que reflejara esa colaboración de las dos clases en un proyecto común de reforma socialcatólica alternativo a la confrontación entre éstas propuesta por el marxismo.²⁷

Tal fue el fin de la Liga de Educación y Cultura. Sus estatutos, redactados el 8 de julio de 1948, los presentó en el citado acto de clausura del curso de la Escuela. El fin de esta entidad corporativa era regir, mediante la colaboración entre empresarios y obreros, el conjunto de la obra social que había ido levantando en Mondragón, en sus distintas modalidades asistenciales deportivas, educacionales, etc., encargándose además de la gestión de recursos para su mantenimiento, especialmente en el campo de la educación y la cultura: «la educación de las nuevas generaciones [es] la cruzada para cuya ejecución se instituye esta nueva entidad».²⁸

Y es que, en opinión de Arizmendiarieta, era necesario superar la filosofía de donación empresarial por un auténtico sistema de justicia social, que pasaba por que los trabajadores pudieran participar en el capital de la empresa. En 1954, una polémica interna generó la escisión intelectual definitiva entre el coadjutor y sus «líderes obreros», por un lado, y el empresariado local mondragonés, por el otro. Dos de sus discípulos, José María Ormaechea y Alfonso Gorroñoigoitia, que desempeñaban funciones titulares en el Jurado de Empresa de la compañía, propusieron, con ocasión de una ampliación de capital de la Unión Cerrajera, la aceptación de un mecanismo reformista largamente abrigado por Arizmendiarieta: que los trabajadores pudieran suscribir una parte de ese capital social como accionariado obrero. La negativa frontal de la directiva cerró definitivamente la esperanza de lograr que la reforma cristiana de la empresa pudiera lograrse desde dentro.

Arizmendiarieta vio cómo el ansia reformista de sus discípulos no tenía cabida en el interior de la empresa más poderosa del área geográfica en que había decidido promover su ideal de reforma social, que hubiera abierto la puerta a la de otras. La reforma interior era inviable, pese a la militancia católica y especial sensibilidad social de la directiva. Era necesario dar un salto. Ya no se trataba de dar pautas de conducta acerca de cuál debía ser el modelo social a que la empresa capitalista debía evolucionar, como había hecho desde su llegada a Mondragón. Había de fomentarse el que unos jóvenes trabajadores desilusionados por la cerrazón «capitalista» de su directiva pudieran fundar una nueva empresa cristiana, aprovechando, en la medida de lo posible, la legislación del régimen. Llegó, así, a la aventura de la empresa cooperativa no como empresario vocacional sino como líder social.

Su ideal no iba a ser, por lo tanto, una sociedad económica mercantil, dedicada a satisfacer intereses privados de los que contribuyeran a

dotarla de capital. Iba muchísimo más allá: la nueva empresa que deseaba fundar sería la punta de lanza de un complejo movimiento social basado en los principios de autogestión, subordinación del capital al trabajo y ética cristiana comunitarista que había ido promoviendo en una amplia y compleja obra social que cubría, a mediados de los cincuenta, extremos inmobiliarios, deportivos, educativos, culturales y sanitarios.

El concepto de empresa de sus jóvenes obreros era el mismo que el suyo, y partía del principio fundamental que había promovido en estos catorce años de obra social: transformar la sociedad por medio de la cooperación. Cooperación entre clases, entre instituciones, entre generaciones, entre sector público y privado, entre creyentes y no creyentes, entre sacerdotes y seglares, entre nacionalistas vascos y españoles, entre izquierdas y derechas, entre liberales y marxistas, entre patronos y obreros, entre hombres y mujeres... Una cooperación sobre la que debía descansar una inquietud religiosa que ayudara a relativizar las aristas ideológicas o patrióticas, a unificar ideales y a sacrificar apetencias individualistas por el bien de la comunidad de trabajadores y de la propia comunidad local mondragonesa.

Los jóvenes fundadores de la primera cooperativa industrial de Mondragón, todos discípulos suyos en la Acción Católica y las empresas de la zona, estaban formados en una cultura económica local muy emprendedora, que convertía desde hacía más de cincuenta años el valle de Léniz en una de las geografías empresariales más activas del Estado, un auténtico surtidor de mobiliario industrial, fundición y forja, aparatos de precisión y, sobre todo, cerrajería en toda la extensión del término, herrajes, aceros y perfiles, etc. En esa cultura local era común la fundación de pequeñas empresas por trabajadores que disponían, a veces, de grados mínimos de formación técnica. Fundar un taller y desligarse del trabajo de la fábrica era algo normal en la tradición local,

como advirtió, años más tarde, el sociólogo francés Henri Desroche en un pionero análisis del cooperativismo mondragonés.²⁹

Pero se trataba de fundar no una nueva empresa sino un nuevo modelo de empresa. Muchos vecinos de Mondragón y los pueblos circundantes fueron implicados por Arizmendiarieta y sus discípulos empresarios, a lo largo de 1955, en la acumulación del capital que sostendría ésta. Sus préstamos fueron convertidos en improvisados títulos de aportación destinados a una sociedad que aún no estaba creada, ni siquiera definida, pero que sabían que no sería la tradicional, por acciones, sino una nueva que debía ser poseída y gestionada por sus propios trabajadores.

Finalmente, el 20 de octubre de 1955, cinco de sus discípulos, entre los que se encontraban tres Jefes de Taller de la Cerrajera (los aludidos Alfonso Gorroñoigoitia y José María Ormaechea, junto con Rafael Usatorre), compraron una empresa de hornillos de petróleo en Vitoria y fundaron, así, la primera cooperativa: Ulgor, actualmente denominada Fagor Electrodomésticos, que comenzó a fabricar y comercializar, en 1958, bajo patente alemana e italiana, productos electrónicos y electrodomésticos alimentados por una nueva fuente de energía: el gas butano. La marca de estos aparatos domésticos, Fagor, se haría rápidamente popular, al responder perfectamente a las necesidades domésticas de la España en desarrollo y hacer un inteligente uso de las nuevas herramientas de publicidad, marketing y distribución. Desde 1959, el éxito de la empresa fue espectacular, contando, en noviembre de 1964, con 600 socios trabajadores, que llegaron a 958 tres años después, en 1967.³⁰

Arizmendiarieta empleó los cuatro años que cerraron la década de los cincuenta en definir el ordenamiento estatutario de Ulgor, muy heterodoxo respecto de los contenidos de la Ley de Cooperación de 1942, con cuya impronta nacional-sindicalista discrepaba abiertamente. Estos estatutos fueron, finalmente, aprobados

MISCELÁNEA

por el Ministerio de Trabajo en abril de 1959. Concebían esta empresa autogestionaria como la matriz de un movimiento socio-empresarial que el propio Arizmendiarieta denominaría, en 1967, «experiencia cooperativa de Mondragón».³¹

Según estos estatutos, todos los trabajadores debían ser socios de la empresa, aportando igual capital y convirtiéndose en sus propietarios. La comunidad de trabajadores se regulaba por una serie de valores (cooperación, autogestión, solidaridad, esperanza, sacrificio, autoexigencia, responsabilidad, autoridad, democracia) de impronta socialcatólica y socialdemócrata, que quedaban formulados en tres regímenes: social, económico y laboral.³²

Gracias al respaldo económico, tecnológico y productivo de Ulgor fueron surgiendo otras cooperativas industriales que se fueron instalando en localidades cercanas como Aretxabaleta o Eskoriatza (Arrasate, en 1956; Copreci, en 1962; Comet, en 1963; Ederlan, 1969) así como subdivisiones que terminarían por independizarse de la cooperativa madre (Fagor Electrónica, 1966; Fagor Industrial, 1973). La unión de todas ellas como mancomunidad cooperativa dio lugar a un potente grupo industrial: Ularco (futuro Grupo Fagor), en 1964. Todas se alimentaron de trabajadores desencantados de la Unión Cerrajera y, pocos años después, de los licenciados de la Escuela Profesional (convertida en Politécnica en 1968), y fueron sustentadas financieramente por una cooperativa de crédito fundada en 1959, Caja Laboral. Esta cooperativa fue también diseñada por Arizmendiarieta. Éste conocía bien el problema financiero que había llevado a la crisis a la principal cooperativa industrial de su tiempo: Alfa, fundada por militantes de la UGT en Eibar en 1920, con cuyo fundador, el exiliado dirigente socialista Toribio Echevarría, trazaría amistad años después. Asimismo, en 1956, había ya animado a los vecinos de las viviendas levantadas por su Asociación Mondragonesa del Hogar a fundar

la cooperativa de consumo San José, que en 1969 se uniría a otras cooperativas de distribución guipuzcoanas y vizcaínas y daría lugar a una nueva cooperativa de distribución y consumo: Eroski.³³

Todas estas cooperativas centraban sus estatutos, inspirados en los de Ulgor, en tres principios rectores: trabajo, ahorro y democracia. Esforzarse por trabajar cada día, y por hacerlo con creciente sentido de la eficiencia y la productividad, implicaba, a la par, ahorrar todo el producto posible del trabajo, con el fin de capitalizarlo e invertirlo en la empresa, favoreciendo la creación de nuevos puestos de trabajo, y promoviendo, a la par, el surgimiento de otras cooperativas, así como de instituciones destinadas al bienestar social de la comunidad local. Y, para lograr ese fin social, era necesario, también, participar, de forma democrática y comprometida, en las asambleas generales anuales de la empresa. Una exigente ética cristiana del trabajo, el esfuerzo y la solidaridad permeaba el texto de estos estatutos, manteniéndose en sus sucesivas modificaciones.

Conclusión: cooperativismo católico y movimiento social

Implicar a la gente en un movimiento social es un fenómeno complejo. El proceso de convencer y actuar es interactivo, dinámico y dialéctico. El consenso movilizador es multidimensional y en la definición de esas dimensiones puede influir más o menos la acción movilizadora. El fracaso de ésta puede ser explicado por motivos como la ausencia de resonancia de los marcos movilizadores, la incapacidad para enmarcar acontecimientos de forma relevante o el declinar de un movimiento, incluso cuando otros factores estructurales indicaban que podía desarrollarse de otro modo.

El cooperativismo de Mondragón surgió como un intento por adecuar la identidad católica a la nueva cultura empresarial y económica

que germinó en los años cincuenta y terminó por implantarse con el Plan de Estabilización de 1959. En el pensamiento de Arizmendiarieta, la identidad social debía trascender los mecanismos de exclusión típicos de la sociedad campesina de que provenía, centrados en la residencia y la familia, la lengua, la etnia o la religión, así como los del Estado franquista o los de la comunidad política con la que había simpatizado en su juventud, basados en criterios nacionalistas (español, en un caso; vasco, en el otro). Su fundamento debía ser, por el contrario, moral, fiel a una concepción teológica de la sociedad y la economía de impronta campesina pero, sobre todo, cristiana, en la que el trabajo debía actuar como fuente fundamental de identidad social mediante su orientación comunitaria y autogestionaria.

Esta identidad social cooperativa fue definida por Arizmendiarieta en torno a una serie de ideas y principios, e incluso mitos identitarios (caso de la clase, no así de la nación, que no le generó gran interés), de variado origen (católico, marxista, liberal), pasados por el tamiz de la doctrina social católica y canalizados a través de medios y espacios de comunicación (boletines, hojas volantes, revistas, charlas académicas y parroquiales, etc.) con el fin de persuadir socialmente a un público receptivo (dado el cauce religioso en que se comunicaba) y de transmitir un mensaje que debía ser asumido por cada trabajador. Arizmendiarieta actuó, así, como un auténtico empresario de los movimientos sociales según la definición clásica de este término propuesta por una de las teorías de mayor impacto en la ciencia social reciente: la movilización de recursos.

Esta teoría, fuertemente deudora de la sociología empresarial y la economía, proporciona una efectiva comprensión del cooperativismo mondragonés. Éste fue fundado como un movimiento social de carácter económico, no en vano está articulado en empresas que producen bienes y servicios, y obtienen un beneficio por ello. Sin embargo, constituyó

igualmente, tanto en su formulación ideológica como en la práctica, un movimiento de protesta que excedía su vertiente empresarial. Protesta contra el tradicional sistema capitalista de relaciones laborales y económicas. Protesta contra el régimen político autoritario que ampara tal sistema de relaciones. Y protesta contra la forma de protesta (valga la redundancia) colectiva tradicional, organizada en base a ideologías obreristas colectivistas sustentadas en el materialismo dialéctico marxista y, por lo tanto, hostiles al objeto último que debía tener la protesta cooperativa que planteaba: la conquista cristiana del trabajo y la empresa.

Esta protesta fue movilizada mediante la agregación cooperativa de dos recursos, el capital y el trabajo, a los que se sumaron compromisos y objetivos siempre comunitarios, nunca individualistas. Dicha agregación de recursos requirió de una forma de organización empresarial cooperativa que dio pie a una amplia y rica trama asociativa. Ello generó una «empresa del movimiento social» cuya infraestructura estaba formada por medios de comunicación, sociedades, centros educativos, redes de relación social y estructuras ocupacionales.

Gracias a estos contextos de micromovilización, el cooperativismo mondragonés confirma que la movilización de la protesta es siempre más frecuente en tiempos de prosperidad, con mayores recursos disponibles, que en épocas de privación. El ensayo empresarial cooperativo no surge en la época de autarquía y pobreza en que Arizmendiarieta llega a Mondragón, sino en el tiempo del Plan de Estabilización (1959 es, precisamente, la fecha de aprobación de los estatutos de las dos empresas esenciales del movimiento: Ulgor y Caja Laboral), precursor del tiempo del mayor crecimiento económico y cambio social de la historia de España, que sentó las bases de la sociedad vasca y española tal y como hoy las conocemos.

MISCELÁNEA

Resulta curioso que en la abundante literatura académica internacional sobre el cooperativismo mondragonés, el pretendido componente étnico, euskaldun y campesino de éste sea un insistente recurso con el que subrayar su supuesto vínculo con los míticos caracteres seculares del pueblo vasco como factor del éxito de esta experiencia empresarial, frente a factores sociales como los apuntados en este trabajo. Porque pocos movimientos sociales de la Europa del presente resultan tan intrínsecamente vinculados a la modernidad industrial como el cooperativismo de Mondragón. Y pocas corporaciones empresariales pueden conferirse a sí mismas la categoría de movimiento social con tanta justicia como esta peculiar «experiencia cooperativa» denominada, en la actualidad, Mondragón (sin acento, como Telefónica), sexto grupo empresarial español y primero del País Vasco, que agrupa más de cien firmas industriales, financieras y de distribución repartidas en cuatro continentes, con una plantilla de cerca de 80.000 trabajadores que, en un cuarenta y cinco por ciento, lo son aún bajo contrato de régimen cooperativo.

NOTAS

- * Una versión de este texto, con mayor énfasis en el debate internacional sobre el fenómeno de Mondragón, va a ser publicada por la revista *Social History*. En este trabajo se recogen investigaciones enmarcadas en dos proyectos: Ref. HUM 2006-13499. Título: «Transformaciones en la agricultura atlántica y evolución de la sociedad rural en el franquismo (1936-1975): cambio tecnológico, medioambiental y dinámica socio-política». Investigador principal: Lourenzo Fernández Prieto; y Ref. HUM 2004-04956, «Autonomía e Identidad en el País Vasco», del que es investigador principal Luis Castells y que se integra en el Grupo de Investigación del Sistema Universitario Vasco IT-286-07.
- ¹ BENAVIDES, David, *El fracaso social del catolicismo español. Arboleya Martínez (1870-1951)*, Nova Terra, Barcelona, 1973; CASTILLO, Juan José, *Sindicalismo amarillo en España*, Edicusa, Madrid, 1977 e Id. *Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino en España*, Madrid, Servicio de Publicaciones Agrarias, 1979; ELORZA, Antonio, «Cronología del Sindicalismo Libre», en ELORZA, A., *La utopía anarquista bajo la Segunda República española*, Editorial Ayuso, Madrid, 1973,

pp. 295-351; MONTERO, Feliciano, *El primer catolicismo social y la 'Rerum Novarum' en España (1889-1902)*, CSIC, Madrid, 1983; ANDRÉS-GALLEGO, José, *Pensamiento y acción social de la Iglesia en España*, Espasa-Calpe, Madrid, 1984; CUENCA TORIBIO, José Manuel, «Perfil sociológico del episcopado andaluz contemporáneo (1789-1913)», *Hispania*, n.º 139, 1978, pp. 301-318 e Id. *Catolicismo social y político en la España contemporánea*, Unión Editorial, Madrid, 2003 (este último, auténtica evidencia del estado del estudio histórico del catolicismo en España).

- ² Un excelente repaso sobre la historiografía del catolicismo social, repleto de propuestas aún incumplidas, en CUESTA BUSTILLO, Josefina, «Estudios sobre el catolicismo social español (1915-1930). Un estado de la cuestión», *Studia Historica*, n.º 4, 1984, pp. 193-244; véase, además, su participación en un libro colectivo sobre la previsión social: «Evolución del previsión social española en el primer tercio del siglo XX: los primeros seguros sociales en los años veinte», en VV.AA., *De la beneficencia al bienestar social. Cuatro siglos de acción social*, Siglo XXI, Madrid, 1985. Resto de bibliografía aludida: CASTELLS, Luis, «El desarrollo de la clase obrera en Azcoitia y el sindicalismo católico (1900-1923)», en *Estudios de Historia Social*, n.º 42-43, 1987; TIANA FERRER, Alejandro, *Maestros, misioneros y militantes. La educación de la clase obrera madrileña, 1898-1917*, Centro de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1992; MARTÍNEZ LÓPEZ, Alberte, *O cooperativismo católico no proceso de modernización da agricultura galega, 1900-1943*, Deputación de Pontevedra, Vigo, 1989. Obras genéricas de referencia son la de PAYNE, Stanley G., *El catolicismo español*, Planeta, Barcelona, 1984; TUSSELL, Javier, *Historia de la Democracia Cristiana en España*, 2 vols, Sarpe, Madrid, 1986. La renovación historiográfica vino de la mano de GARRIDO HERRERO, Samuel, *Treballar en comú. El cooperativisme agrari a Espanya (1900-1936)*, Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1996.
- ³ Los conceptos de «estructura de oportunidades políticas», «estructuras organizativas» y «marcos de acción colectiva», además de la propia dimensión de la acción colectiva, son fruto de la síntesis entre la teoría social norteamericana, centrada en el proceso político y en las estructuras organizativas, y la europea, atenta a la cuestión de las identidades colectivas, que consiguen exitosamente, por ejemplo, McADAM, Doug, McARTHUR, John y ZALD, Mayer N., *Movimientos sociales: Perspectivas comparadas*, Madrid, Itsmo, 1999, pp. 21-47. Una obra más reciente de los tres grandes especialistas sobre movimientos sociales, que recoge algunos de estos conceptos que llaman de la «agenda clásica», y propone otros nuevos, si bien con ese retorcimiento sociologista que a todo historiador siempre acaba por resultar excesivo, es McADAM, Doug, TARROW, Sidney y TILLY, Charles, *La dinámica de la contienda política*, Barcelona, Hacer, 2003.
- ⁴ GOICOECHEAUNDÍA, Joaquín, *Antecedentes históricos del Movimiento Sacerdotal de Vitoria*, Vitoria, Imprenta del Seminario, 1994, pp. 141 y 151; PEREA, Ignacio, *El*

- modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco, Bilbao, Desclée de Brower, vol. I, 1991, pp. 134-137. En general, véase el exhaustivo estudio de IBÁÑEZ, Andrés, *Historia del Seminario Diocesano de Vitoria*, vol. I, Vitoria., Eset, 2005.
- ⁵ MOLINA, Fernando, *José María Arizmendiarieta (1915-1976). Biografía*, Bilbao, Caja Laboral, 2005, pp. 98-101 y 116-119.
- ⁶ MOLINA, Fernando, *José María Arizmendiarieta*, pp. 114, nota 35 y 119, nota 40. En uno de los dossiers de artículos del *Euzkadi* que guardó Arizmendiarieta, todos ellos sobre cuestión social, fechados mayoritariamente en los veranos de 1935 y 1936, figuraba uno redactado por Jose de Artetxe en el que este intelectual cercano al nacionalismo ensalzaba la labor intelectual del grupo de ideólogos de *Esprit*. El papel de estas estrategias católicas internacionales en la definición de la cuestión social planteada por la Iglesia vasca en PEREA, Ignacio, *El modelo de iglesia subyacente en la pastoral del clero vasco*, vol. III, pp. 1534-1543.
- ⁷ EGUZKITZA, Juan Bautista, *Gizarte-Auzia*, Zornotza, Jaungoiko-Zale Bazkunaren Argitalbenak, 1935.
- ⁸ Los apuntes manuscritos de Arizmendiarieta sobre la cuestión social, con citas bibliográficas en euskera y castellano y reflexiones intelectuales en euskera, se conservan en la Carpeta I del Archivo Personal de José María Arizmendiarieta, conservado en el Centro de Estudios Cooperativos de Otalora (Aretxabaleta, Guipúzcoa), perteneciente a la corporación Mondragón AJMA. Las referencias bibliográficas citadas en ellos son las siguientes: ARANZADI, Engracio de, *La Casa Solar Vasca. Casa y tierras del apellido*, Zarautz, Editorial Vasca, 1932; THALAMÁS, Juan, «Las antiguas comunidades pirenaicas», en *Al M. I. Sr. Rector y Predecto de Estudios Dr. D. Eduardo de Ezcarzaga y Solaun en el XXV aniversario de su ordenación sacerdotal. Homenaje del Seminario Diocesano de Vitoria*, Vitoria, Imprenta del Montepío Diocesano, 1935, pp. 169-189; EGUZKITZA, *Gizarte-Auzia*, ob. cit.; AZPIAZU, Joaquín, *El derecho de propiedad: Estudio jurídico y económico*, Madrid, Razón y Fe, 1930; y *El Estado corporativo*, Madrid, Razón y Fe, 1934.
- ⁹ AZPIAZU, Joaquín, *La acción social del sacerdote*, Madrid, Fax, 1934. Véanse los trabajos publicados en la revista del seminario sobre este perfil sacerdotal, y que eran objeto de análisis por los alumnos, caso de IZTUETA, Ignacio, «El malestar del mundo obrero», *Idearium*, nº 7, II, 1935, pp. 116-123; AZPIAZU, Joaquín, «La labor de AVASC (1932-1934)» y (con ARRIZUBIETA, Martín de), «Los círculos de estudios», *Idearium*, nº 3, I, pp. 213-251.
- ¹⁰ MOLINA, Fernando, *José María Arizmendiarieta*, pp. 129-135.
- ¹¹ La figura de Rufino Aldabalde, uno de los sacerdotes españoles más importantes del siglo XX, ha sido objeto de la biografía novelada de JAVIERRE, José María, *La aventura de ser hoy sacerdote. Biografía de D. Rufino Aldabalde*, Bilbao, Desclée de Brower, 1997; y de un breve pero profundo estudio más teológico realizado por GÜELL, Lola, *Rufino Aldabalde, sacerdote*, Madrid, Instituto de las Misioneras Seculares, 1989.
- ¹² GONZÁLEZ GARCÍA, José María, *La metalurgia guipuzcoana en la primera mitad del siglo XX*, Bilbao, Industri Arrastoak, 2005, pp. 11-17.
- ¹³ *Ibidem*, pp. 36-65.
- ¹⁴ Contexto y exposición de los hechos de la guerra en Mondragón en AIZPURU, Mikel (dir.), Urko Apaolaza, Jesús Mari Gómez, Jon Odriozola, *El otoño de 1936 en Guipúzcoa. Los fusilamientos de Hernani*, Irún, Alberdania, 2007; OKTUBRE TALDEA, Arrasate 1936. *Una generación cortada*, San Sebastián, Arabera, 2003 (esta última, desde una metodología y estilo narrativo poco profesionales, pero con profusión de datos).
- ¹⁵ Archivo de José María Arizmendiarieta, Carpeta 6, «A propósito de una iniciativa.- Reflexiones», mecanografiado, Mondragón 17-II-1942; Carpeta 18, «Excursión-Reunión de Dorleta 12-7-1942. Sacrificio y responsabilidad»; GORROÑOGOITIA, Alfonso, «En memoria de un maestro», en *Semblanzas de José María Arizmendiarieta*, Bilbao, Elkar, 1991, pp. 68-70; ORMAECHEA, Jose María, *Orígenes y claves del cooperativismo de Mondragón*, Aretxabaleta, Otalora, 1991, p. 36; FOOTE WHYTE, William Foote Whyte y KING WHYTE, Katheleen, *Mondragón: Más que una utopía*, San Sebastián, Txertoa, 1989, pp. 277 y 302-304. Para comprender adecuadamente el proceso histórico que culminó en el cooperativismo mondragonés, es necesario tener en cuenta los elementos de oportunidad, estructura e identidad que se expresan en los «contextos de micromovilización». Tal es el caso de los subgrupos organizados informalmente por obra de la edad, relaciones culturales o amistad, preexistentes a la acción política, señalados por McADAM, Doug «Mobilization contexts and recruitment to activism», en KLANDERMANS, B., KRIESI, H. y TARROW, S. (eds.), *International Social Movement Research. From Structure to Action: comparing social movement research across cultures*, Greenwich, Jai Press, 1988, pp. 125-154. Por otra parte, KLANDERMANS, Bert, *The Social Psychology of Protest*, Oxford, Blackwell, 1997, ha destacado la importancia de la transformación del descontento en acción como un proceso de atribución de significados.
- ¹⁶ Archivo de José María Arizmendiarieta, Carpeta 18, Borrador de carta a don Ricardo Oreja, agosto de 1942; Carpeta 41, «Experiencias sobre una forma cooperativa: Mondragón», conferencia en la sociedad Fomento de Actividades Culturales, Económicas y Sociales, 21 de enero de 1965 (cursivas nuestras, A.M. y F.M.).
- ¹⁷ MOLINA, Fernando, *José María Arizmendiarieta*, pp. 257-258.
- ¹⁸ Archivo de José María Arizmendiarieta, Carpeta 12, «Irradiación parroquial», Charla I, «Observaciones generales», sin fecha (años 40).
- ¹⁹ Su labor pastoral se situó en categorías políticas de abierto disenso respecto del régimen. Un disenso que no se fundaba en prácticas de resistencia cultural o social de signo nacionalista (vasco) o marxista, sino en una deconstrucción de la cultura política del «Nuevo

MISCELÁNEA

- Estado», de sus mitos y principios ideológicos así como en la confrontación con sus instituciones movilizadoras, caso de Falange y la propia Acción Católica, cuya politización criticó públicamente. Todo ello en defensa de un proyecto de sociedad sustentada en una suerte de ciudadanía católica, basada en valores contrarios a los oficiales (igualdad, libertad, fraternidad, reconciliación) y difundida mediante una estrategia de comunicación con la opinión pública local que se situaba en el límite de la legalidad. Esta vertiente política de su apostolado diferenciaba su obra social de otras experiencias de «recatolización» de la época, perfectamente imbricadas en el modelo nacionalcatólico, como la liderada por su buen amigo Ángel Herrera Oria en la diócesis malagueña, estudiada por ALFONSI, Adela, «La recatolización de los obreros en Málaga, 1937-1966. El nacional-catolicismo de los obispos Santos Olivera y Herrera Oria», *Historia Social*, nº 35, 1999, pp. 119-134. Sobre la figura de Ángel Herrera Oria, es ya un clásico el trabajo de SÁNCHEZ JIMÉNEZ, José, *El cardenal Herrera Oria: Pensamiento y acción social*, Madrid, Encuentro, 1986.
- ²⁰ Las diferentes dimensiones de la estructura de oportunidades políticas en TARROW, Sidney, «Estado y oportunidades: la estructuración política de los movimientos sociales», en McADAM, D., McCARTHY, J. D. y ZALD, M. N., *Movimientos Sociales: Perspectivas comparadas*, Madrid, Istmo, 1999, pp. 71-99.
- ²¹ TORRA CUIXART, Luis María, *Espiritualidad sacerdotal en España (1939-1952). Búsqueda de una espiritualidad del clero diocesano*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 2000, pp. 409-410; IRIBARREN, Jesús (1999), «Perfil biográfico de D. Gregorio», en *Ética y sociedad. Homenaje a Gregorio Rodríguez de Yurre*, Vitoria, Eset, 1989, pp. 14-21. VERDERA, Francisco, *Conflictos entre la Iglesia y el Estado en España. La revista Ecclesia entre 1941 y 1945*, Pamplona, Eunsa, 1995, pp. 166-171 y 186-195.
- ²² Archivo de José María Arizmendiarieta, Carpeta 14, «Comentarios a la Pastoral de Antonio Pildain», sin fecha; Carpeta 23, «El sentido y ámbito de la justicia social», sin fecha; «La acción social. Problemas de justicia y apostolado», Mondragón, diciembre de 1945, En su archivo personal guardó muchas de esas pastorales de «obispos rojos» como Pildain o Herrera Oria. Su cercanía intelectual a ellos en AZURMENDI, Joxe, *El hombre cooperativo. Pensamiento de Arizmendiarieta*, Aretxabela, Otalora, 1992, pp. 116-121.
- ²³ Archivo de José María Arizmendiarieta, Carpeta 20, Invitación de Benito de Vizcarra, Oficial de la Secretaría Gral. de la Acción Católica de España, para participar en la Semana de Consiliarios de Centros Obreros, fechada en Madrid el 5 de abril de 1945; «La Acción Católica y el mundo obrero» y «La Juventud de Acción Católica y el saneamiento moral de las diversiones», Ponencias presentadas en el Cursillo y Asamblea de Juventudes de Acción Católica de Guipúzcoa, 11-15 de agosto de 1945, Villa Santa Teresa, San Sebastián.
- ²⁴ MOLINA, José María Arizmendiarieta, pp. 281-282.
- ²⁵ ORMAECHEA, José María, «El hombre que yo conocí», en *Semblanzas de José María Arizmendiarieta*, ob. cit., pp. 41-64 y 60-61.
- ²⁶ MOLINA, Fernando, *José María Arizmendiarieta*, pp. 282-286.
- ²⁷ Archivo de José María Arizmendiarieta, Carpeta 25, Discurso de clausura del curso 1947-1948 de la Escuela Profesional, manuscrito.
- ²⁸ Archivo de José María Arizmendiarieta, Carpeta 54, Liga de Educación y Cultura, sin fecha (1948); hoja volante de presentación.
- ²⁹ DESROCHE, Henri, «Preface», en GARCÍA, Quintín, *Les cooperatives industrielles de Mondragón*, Paris, Les Éditions Ouvrières, 1970, pp. 11-13.
- ³⁰ MOLINA, Fernando, *Fagor Electrodomésticos (1956-2006). Historia de una experiencia cooperativa*, Mondragón, Fagor Electrodomésticos, 2006, pp. 35-43.
- ³¹ Caja Laboral Popular. Una experiencia cooperativa, Bilbao, Talleres Gráficos Eléxpuru, Bilbao, 1967, pp. 9-14.
- ³² MOLINA, Fernando, *Fagor Electrodomésticos (1956-2006)*, pp. 55-67.
- ³³ MOLINA, Fernando, *José María Arizmendiarieta*, pp. 310, 352-353, 473-484.

